

LOS IDEALES BASICOS DEL GENERO HUMANO

Alexander F. Skutch

Los antiguos estoicos fueron aficionados a expresar la unidad y la armonía que hallaron en el Universo comparándolo con una ciudad. "El poeta", escribió Marco Aurelio, "dice: querida ciudad de Cecrops; ¿y no dirás tú: querida ciudad de Zeus"? La unidad del género humano, y aún de mucho más que del género humano, que el emperador estoico trataba de expresar mediante esta metáfora, se basaba en simpatías místicas poco evidentes a simple vista. Los hombres, creyó, fueron hechos para cooperar mutuamente, como los dientes superiores con los inferiores; y como soberano del Imperio Romano tuvo siempre en mente este ideal. Pero más allá de esa vasta comunidad de gentes heterogéneas que gobernó, se extendían reinos y tribus hostiles, aturdiéndose en su variedad de lenguas y costumbres en el desconocido brumoso.

Aún dentro del imperio, los viajes y las comunicaciones, bases necesarias para una cohesión práctica de grandes asociaciones de hombres, eran difíciles y lentos. A pesar de que había sido construída una admirable red de caminos, no se había adelantado gran cosa desde que Babilonia cayera en manos de los persas siete siglos antes. Aristóteles relata que esta ciudad era tan enorme que la noticia de su conquista por Ciro el Grande, tardó tres días en ser conocida a través de tan vasta extensión.

Hoy, la caída de una ciudad de la importancia de Babilonia sería conocida, no solamente de sus propios habitantes, sino de todo el mundo en menos de tres horas. En tres días, el intervalo requerido para la difusión de la captura de Babilonia por toda la ciudad, se puede llegar hoy al lugar más alejado de la tierra. Estos hechos nos muestran, de la manera más vívida, los cambios que han tenido lugar desde los tiempos antiguos. En cierta manera, el mundo se ha encogido al tamaño de las ciudades que Aristóteles y Marco Aurelio conocieron. En cuanto a comunicaciones, es más pequeño, más compacto, que la más grande de estas ciudades. Pero aún está lejos de alcanzar esa unidad espiritual implícita al hablar de "Ciudad de Zeus" o de "Ciudad de Dios", y que podría obtenerse si todos los hombres abrazaran, no sólo de palabra, sino de todo corazón, el Estoicismo, el Cristianismo u otras doctrinas unificadoras.

A falta de unidad espiritual, la contracción virtual de nuestro planeta es el más alarmante acontecimiento en la historia, la pesadilla de nuestra era. Ya no hay largas distancias y barreras naturales (océanos, desiertos y cadenas montañosas) que resguarden a las naciones del pleno impacto de los poderes agresivos, de suerte que las más afortunadas en sus defensas naturales pudieran vivir a su manera, sin preocuparse de lo que está ocurriendo en regiones distantes. Hoy, el ancho Atlántico da a América menos protección del imperialismo ruso que la que dió el angosto Canal de la Mancha a Gran Bretaña, frente a Napoleón hace siglo y medio. Además de las constantes amenazas, el tener conocimiento de todos los desórdenes y desastres que ocurren en nuestro planeta, diariamente, hora a hora, a través del periódico, la radio y la televisión, es profundamente inquietante para el espíritu

es únicamente el
suposición hace
ían el desarrollo
tema de relacio-
razón "es neces-
ados malos con-
108). Con todo,
mbre, tal y cual
) y 10) constitu-
universal e infa-
al interés vital,
ple etapa en el
ogresivo volverá
iversal, por cuya

ralismo ético, es
s internas y ne-
vamente conside-
le un ser y sus
hablando, la ex-
a por el placer,
y último de la
análisis (incom-
ña la acción co-
il hecho de ha-
ole" nos lleva a
imero, por fun-
ias de las accio-
vitales (aunque,
o). Lo segundo
omo constitutivo
animal), sin ha-
acer, vale decir,
eres vitales del

sensible. Difícilmente habrá un lugar en nuestro planeta, por remoto que se encuentre, donde uno pueda, si así lo desea, estar libre de noticias perturbadoras.

¿Cuáles son los posibles fundamentos de esa unidad del género humano, sin la cual su consolidación espacial puede mirarse solamente como un desastre? Está, en primer lugar, su homogeneidad biológica, el hecho de que todos los hombres en todas partes tengan más o menos las mismas necesidades vitales y que todas las razas puedan cruzarse; podemos llamar a esto fraternidad biológica del hombre. En segundo lugar, está la creciente dependencia económica de cada país con respecto a los demás por las materias primas y los productos manufacturados, esenciales para su siempre más complicada economía. En tercer lugar, está la unidad política, implicada en las Naciones Unidas y teóricamente susceptible de un desarrollo futuro. Finalmente, hay una unidad espiritual, o sea el abrigar creencias, ideales o aspiraciones comunes.

Es fácil demostrar que sólo el último es fundamento firme para que perdure la armonía dentro del género humano. Es una vieja observación de los zoólogos, respecto a la fraternidad biológica, que la competencia es más aguda entre individuos de la misma especie, los cuales tienen las mismas necesidades, que entre los individuos de distintas especies, los cuales tienen diferentes necesidades vitales, de manera que pueden ocupar la misma área sin grave conflicto. Porque los hombres son tan parecidos, por eso desean las mismas cosas; y como individuos o como naciones, compiten ferozmente por ellas. Incluso hermanos del mismo vientre pueden odiarse mutuamente si contienden por una herencia o si poseen opiniones contrarias, mientras que hombres de razas diferentes pueden unirse en la más firme amistad al compartir los mismos ideales. La fraternidad biológica no es condición necesaria ni adecuada para la fraternidad espiritual. Si se implicaran mutuamente, los seres racionales de los más variados orígenes podrían encontrar que les es tan fácil alcanzar la unidad espiritual como a aquellos que los biólogos, tal vez equivocadamente, clasifican dentro de una misma especie.

La interdependencia económica de regiones y países siempre ha demostrado ser la base precaria de su unidad. Los hombres raramente titubean para abandonar a sus antiguos socios en el comercio si se les ofrecen condiciones más favorables en otra parte. Además, la competencia por las fuentes de materias primas o por los mercados extranjeros es siempre causa de enemistad entre las naciones, especialmente cuando su economía se torna raquítica. En lo que respecta a la unidad política de la humanidad, el mundo ha visto muy a menudo ciudades y estados separados por intereses encontrados o por las creencias de sus habitantes, y es insensato suponer que la humanidad pueda mantenerse políticamente unida careciendo de una base más sólida para su unión. Sin tal base, la consolidación política del globo podría alcanzarse sólo por medio de una tiranía de magnitud sin precedentes, que mantuviera sus decretos mediante un poder descarado.

Esto deja a lo que he llamado unidad espiritual, como el único fundamento posible para la concordia universal, que hará de la virtual contracción de nuestro planeta, por los modernos métodos de transporte y comunicación, un acontecimiento bienvenido más que temido. Recientemente hubo un movimiento para reunir a todos los hombres, para reconciliar oriente con occidente, enfatizando los rasgos comunes de sus diversas religiones. Oímos hablar de "la fraternidad de las religiones"; a las conferencias mundiales asisten las religiones principales; y se ha sostenido que todas las religiones son expresión de una verdad fundamental, conocida de los sabios de tiempos antiguos, pero deformada en su paso por las distintas mentes al adaptarse a la idiosincracia de las diversas culturas.

Este laudable esfuerzo no carece de peligros intelectuales. Reconciliar los fundamentos metafísicos del Budismo y el Cristianismo, por ejemplo, difícilmente

parece posible si de la psique, un nes religiosas de el nivel de cual nes parece desca: zás olvidada ve hecho.

Se recone más en sus prec les invocan para racteres que tier cismo, judaismo, en detalle más trinas cosmológi les, sino algunas la pitagórica, el tendido a forma tada opinión de deras bases de ni aún en algu das y abundant mún. Los homb sí mismos, en s del origen del l leza del alma. l que la conduct: juzgarlo sin pel

Estas co ideales que pu Incluso el estu de ideales que apreciado, pued dor militar, qu santo que no que desdeña de un paquete, y labor que les a tre extremos ta

Nuestro mos en mente pueden ser ex mostrar su po En segundo lu, sin consecuen: nual, por ejer en alcanzarlo, receríamos. En destructivos, c de los primer adoptado, refr ese ideal. En digan, sino q

to que se encuen-
turbadoras.

nero humano, sin
in desastre? Está,
odos los hombres
s y que todas las
del hombre. En
país con respecto
s, esenciales para
política, implicada
llo futuro. Final-
es o aspiraciones

ie para que per-
i de los zoólogos,
guda entre indi-
dades, que entre
ecesidades vitales,
Porque los hom-
dividuos o como
mo vientre pue-
poseen opiniones
irse en la más
ógica no es con-
mplicaran mutua-
ncontrar que les
biólogos, tal vez

e ha demostrado
para abandonar
más favorables
rimas o por los
es, especialmen-
idad política de
s separados por
sensato suponer
lo de una base
el globo podría
tes, que mantu-

ico fundamento
ción de nuestro
acontecimiento
tra reunir a to-
los rasgos co-
de las religio-
; y se ha sos-
imental, conoci-
por las distin-

Reconciliar los
lo, difícilmente

parece posible sin algunas interpretaciones forzadas. Sin duda hay, en lo profundo de la psique, una fuente común de donde brotan todas las más elevadas expresiones religiosas del hombre; pero debemos buscar este origen de la religión bajo el nivel de cualquiera de sus formulaciones intelectuales. La unidad de las religiones parece descansar sobre un hecho primordial, y no sobre una vieja y ahora quizás olvidada verdad, la cual entiendo como una formulación intelectual de un hecho.

Se reconoce a menudo que las diversas religiones se asemejan entre sí, más en sus preceptos morales que en sus dogmas teológicos y metafísicos, los cuales invocan para fundamentar esos preceptos. Hay mucha semejanza entre los caracteres que tienden a formar; el ideal humano del budismo, hinduismo, confucismo, judaísmo, cristianismo, mahometismo, etc., son, a pesar de las diferencias en detalle más similares de lo que uno esperaría en vista de las diversas doctrinas cosmológicas y teológicas de estas religiones. No sólo las religiones actuales, sino algunas extinguidas hace mucho tiempo, y viejas filosofías religiosas como la pitagórica, el platonismo y el estoicismo, han enseñado normas de conducta, han tendido a formar caracteres, no muy diferentes de los aprobados por la más respetada opinión de nuestro tiempo. Parece, entonces, que debemos buscar las verdaderas bases de la armonía del género humano, no en un origen biológico común, ni aún en algunas verdades trascendentales comunes, enterradas bajo las elaboradas y abundantes estructuras metafísicas de sus religiones, sino en una meta común. Los hombres, en general, han diferido menos en lo que aspiran a hacer de sí mismos, en su ideal de bondad o de carácter perfecto, que en sus explicaciones del origen del mundo y de ellos mismos, en sus conceptos de Dios y de la naturaleza del alma. Un ideal de carácter es, inevitablemente, un ideal de conducta, porque la conducta es la expresión evidente del carácter, y nuestro único medio de juzgarlo sin peligro.

Estas consideraciones nos alientan a buscar un ideal, o un conjunto de ideales que puedan servir de base para la unión espiritual del género humano. Incluso el estudiante de historia de la ética, familiarizado con la gran diversidad de ideales que los hombres de las diferentes épocas, razas y clases sociales han apreciado, puede ser escéptico ante tal empresa. Ha existido el ideal del conquistador militar, que domina cruelmente a todos los hombres, y también el ideal del santo que no hace daño a nada. Ha existido el ideal del aristócrata o caballero, que desdén de tal modo la labor manual que se avergüenza de ser visto cargando un paquete, y el ideal del humilde sirviente de sus compañeros para quien ninguna labor que les ayude es indigna. ¿Podemos con seguridad trazar nuestro camino entre extremos tan opuestos?

Nuestro descubrimiento de los ideales unificadores será más fácil si tenemos en mente ciertos requisitos indispensables. En primer lugar, tales ideales no pueden ser exclusivos de cierta nación, época o estrato social, sino que deben mostrar su poder de atraer a gran variedad de personas en un período extenso. En segundo lugar, deben ser tales que puedan ser adoptados por todos los hombres sin consecuencias desastrosas. El ideal aristocrático de abstenerse del trabajo manual, por ejemplo, no llena este requisito, porque si todo el mundo se esforzara en alcanzarlo, muchos trabajos necesarios permanecerían sin realizarse y todos pereceríamos. En tercer lugar, los ideales deben ser en sí mismos permanentes y no destructivos, como lo fue el ideal de castidad según lo interpretaron algunos de los primeros padres de la iglesia cristiana; si todos los hombres lo hubiesen adoptado, refrenándose en engendrar hijos, no existiría hoy nadie para abrigar ese ideal. En cuarto lugar, los ideales básicos deben ser tales que no se contradigan, sino que se sustenten mutuamente, formando un sistema consistente en

sí mismo. En quinto lugar, deben ser fundamentales, en el sentido de que otros numerosos y válidos ideales y reglas de conducta, de alcance más restringido, puedan ser incluidos como sus corolarios.

Con los criterios anteriores en mente considero que los ideales básicos son cuatro en número: fraternidad, espiritualidad, castidad y *abimsa* o inofensividad. Considerémoslos en el siguiente orden.

La hermandad o fraternidad es el ideal de que todos los hombres deben ser tratados como nuestros iguales, en el sentido más fundamental, en su derecho de realizar sus vidas lo mejor posible, de acuerdo con sus habilidades, y alcanzar la felicidad, o como lo expresó Kant: Toda persona debe ser mirada con un fin en sí misma y no meramente un medio o instrumento para un fin externo a ella misma. Este ideal se encuentra, implícita o explícitamente, en toda religión que ha superado el grado de religión de tribu, y que se ha esforzado por ganar al género humano como un todo, y asimismo se encuentra en las grandes filosofías religiosas de la antigüedad. Lo encontramos en el jainismo, budismo, estoicismo, mitraísmo, taoísmo, cristianismo, islamismo y en las más avanzadas etapas del judaísmo, el cual fue originalmente una religión tribal. En la práctica, este ideal debe conducir a la cooperación universal entre los hombres y a la supresión de la competencia individualista o nacionalista; todos los hombres deben avanzar unidos; no sólo algunos en detrimento de los demás. Corolarios de este ideal son las estimadas virtudes de honestidad, servicialidad, humildad, suavidad de carácter, mientras que los universalmente condenados vicios de orgullo, enojo, avaricia, gula y celos son incompatibles con él. Parece innecesario demostrar en detalle cómo el cultivo de estas virtudes contribuye a realizar el ideal de la fraternidad, mientras que su desprecio o la presencia de los vicios antes mencionados impide su logro. Para limitarnos a un solo ejemplo, diremos que el orgullo o la pretensión de que uno es superior a su prójimo, engendra en él resentimiento, hostilidad; de aquí que destruya el espíritu de fraternidad.

El cultivo de la fraternidad tiene dos aspectos que no han sido igualmente enfatizados. Se nos dice a menudo que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, pero se nos recuerda con poca frecuencia que debemos hacernos dignos del amor de nuestro prójimo. Si todos los hombres fueran realmente dignos de ser amados, no habría necesidad de que se nos exhortase para amarlos; el amor brota espontáneamente ante la presencia de un objeto apropiado. Así, el ideal de fraternidad, de amar a nuestros compañeros, debe ser complementado por el ideal de hacernos dignos de ser amados, de hacernos de tal manera que sea fácil para nuestro prójimo amarnos. Tal como los hombres están constituidos, es casi imposible llamarlos a todos hermanos sin sentirse, en muchos casos, secretamente avergonzado del parentesco. Existe una tendencia ampliamente extendida a dar importancia a la fraternidad del hombre, a pedir ayuda y conciencia en el fortalecimiento de nuestra humanidad común, sin hacer un esfuerzo serio para merecer la designación de hermano. Los políticos han hablado muy ligeramente del valor y dignidad de todo hombre, como si esto fuera algo innato, como poseer corazón y pulmones, y no una adquisición que depende de la educación, la disciplina espiritual y un persistente esfuerzo individual. La verdadera base de la unidad humana no es la fraternidad biológica, o la descendencia de un remoto ancestro común, sino la fraternidad espiritual, o el abrigar ideales y aspiraciones comunes.

Esto nos lleva al segundo de nuestros ideales básicos, la espiritualidad, que consiste en desarrollar en pleno nuestras capacidades espiritual, intelectual y moral; en luchar, sobre todo, para convertirnos en seres espirituales. Este ideal no implica desdeñar o despreciar nuestros cuerpos, porque en nuestro presente estado de existencia el espíritu requiere un sustrato orgánico; y cuanto más fuertes y saludables

son nuestros cuerpos y más elevada puede ser mirado como una llama espiritual.

La espiritualidad en vista de sus necesidades es justamente lo contrario del conocimiento del mundo; es insensible a los impactos de los sentidos; es independiente de las conexiones emocionales y relaciones afectivas; es independiente de las sensaciones de hambre, de frío, de calor, de disfrutar algo, de procreación. Desde el punto de vista de la espiritualidad de que la

Otro imperativo es la comprensión del universo por lo menos alguna carecería de significado, cual evolucionamos.

Así, la fraternidad es la aspiración que nos permite influir, en la clase de fraternidad lógica es estéril. sobre los valores mejantes, porque satisfacernos. Corolarios de la bondad e incluyendo las más íntimas y filosofías que diversos grados, a

El tercer aspecto de la responsabilidad es la reproducción de la especie. De acuerdo con la calidad y su futuro, indulgencia por los dientes y todo lo sagrada. Este ideal del género humano es el fundamento de que si los dios de subsistencia en cuerpo espiritualidad es:

Las personas contranatural, con una inspección r